

nunciar su nombre en voz baja pues jamás fué pronunciado en alta voz. La Fayette era una fuerza que molestaba á Luis Felipe: habia ademas entre el rey ciudadano y aquella especie de dictador del pueblo una cierta promesa conocida bajo el nombre de programa del Hotel-de-Ville, la cual no podia abstenerse el rey de cumplir. Al mas pequeño desvio de los principios que le habian valido su elevacion, ya le parecia mirar aparecer á La Fayette aconsejándole y aun amenazándole casi. Esto le incomodaba horriblemente y resolvió el rey desembarazarse de La Fayette.

Colocado en condiciones semejantes á las que habian conducido á Octavio y á Enrique IV al trono, Luis Felipe tenia mucho de la astucia del primer César, y de la falsa honradez del fundador de la dinastía borbónica. El uno debia su trono á los oficiales del Emperador, y lo primero que hizo fué sacrificar á Antonio: el otro lo debió á los protestantes, y la primera cosa que hizo fué sacrificar á Biron: Luis Felipe lo debia á los republicanos, y su primer pensamiento fué el de sacrificar á La Fayette.

La ocasión se le presentó muy pronto: súpose una mañana que M. de Polignac habia sido arrestado en una miserable taberna de la ensenada de Granville, M. Peyronnet, denunciado por un antiguo funcionario, que á M. M. de Chantelauze y de Guernon—Ranville se les habia detenido en Tours, y en fin que todos cuatro acababan de ser trasportados á Vincennes.

Era la segunda vez que M. de Polignac estaba prisionero en este mismo castillo, abierto para él por vez primera á consecuencia de la conspiracion de Jorge Cadoudal.

Grande fué la emocion que causó este arresto, arresto que embarazaba bastante en sus primeros pasos á esta monarquía naciente. ¿Iba á desmentir su origen no participando de la cólera del pueblo contra los que firmaron las ordenanzas? ¿Iba, desde sus principios, á usar de rigor y á esponerse á resbalar en sangre?

Nombráronse tres comisionados para interrogar á los ministros: M. Berénger (es necesario no confundirle con el poeta) retirado ya á la vida oscura, de la que no debia salir sino para atacar con sus canciones al rey que él habia hecho, M. Madier de Montjau y M. Manguin.

CAPÍTULO XLIX.

AL saber el arresto de los cuatro ministros, los otros tres M. M. de Montbel, Capvelle y d' Haussez lograron esconderse sin que se pudiera dar con ellos. El aspecto de aquellos era tan diferente que nadie hubiera creído á primera vista que estaban detenidos por una misma causa y que representaban el mismo principio.

M. de Polignac estaba sereno y casi alegre: miraba su arresto como una gracia de muy mal gusto que debia concluir de un dia á otro: no comprendia la responsabilidad del ministro del momento en que se habian vengado del rey. La inviolabilidad real, debia, segun él, resguardar á la responsabilidad ministerial.

En cuanto á M. de Peyronnet, su actitud indicaba mas insolencia que calma, mas terquedad que conviccion. Todo lo debo al rey—decia—y el rey tenia derecho para disponer de mí á su antojo. Me ordenó firmase las ordenanzas

y las firmé: si mas me hubiese mandado, mas hubiese hecho.

M. de Guernon-Ranville habia conservado cierta alegria; pero esa alegria del misántropo que encubre mal las inquietudes del espíritu ó las angustias del alma: se comprendia al verlo, que en medio de la soledad y del silencio de su prision, debian ser muy amargas sus meditaciones acerca de la situacion en que se hallaba.

M. de Chantelauze estaba abatido y no trataba de ocultar su abatimiento: pálido, enfermizo, aterrado, se fatigaba á cada frase que profería, sufría á cada paso que daba.

El rey se habia librado ya de alguna parte de responsabilidad haciendo nombrar por la cámara la comision que debia interrogar á los prisioneros.

Se esperaba antes que llegase el dia de juzgarlos, obtener la abolicion de la pena de muerte en asuntos políticos.

Así es, que ese gran triunfo de la filosofia legal, la abolicion de la pena de muerte en materias políticas, iba á obtenerse quiza, no por la fuerza de una conviccion filantrópica, ó de un gran progreso social, sino por un pequeño interes de conservacion personal.

Si no lograba buen éxito el proyecto, si la pena de muerte no se abolía, se trasladaria el proceso á la cámara de los pares, en la cual tendrian siempre mas influencia. Lo mismo que se habia hecho condenar á esta cámara al mariscal Ney en 1815, se la haria absolver en 1830 á MM. de Polignac, de Peyronnet, de Chantelauze y de Guernon-Ranville.

Para preparar las cosas, se habia suspendido toda ejecucion. Inútilmente el austero Dupont (de l'Eure) habia solicitado dos ó tres veces la aplicacion de la pena de muerte. Tratándose de la ejecucion de un parricida, el rey, cuya autorizacion se pedia, inclinándose hácia M. Laffitte, le habia dicho: "¡Mi padre murió en un cadalso!"

Ademas, este horror al cadalso existía en toda la familia.

El señor duque de Montpensier estaba próximo á desmayarse un dia que contaba yo delante de él la historia de la guillotina.

Propúsose la abolicion de la pena de muerte por M. Victor de Tracy en la sesion del 17 de Agosto.

El 6 de Octubre M. Berénger leyó acerca de esta proposicion un informe que concluia pidiendo se aplazase; pero hablaron en contra sucesivamente M. de Keratry y M. de La Fayette. Bajo la influencia de estos, la cámara votó se dirijiese un mensaje al rey que tenia por objeto la supresion en ciertos casos de la pena de muerte.

Nombróse una comision para redactar este mensaje.

A las ocho de la noche estaba concluido.

Fácil era de adivinar la respuesta del rey, pues todo se habia hecho inspirado por él.

—Señores—dijo—el voto que espresais se halla hace largo tiempo en mi corazon.

Sin embargo se creia, y con razon, que al pueblo no se le engañaria con esa falsa filantropia; que reconoceria pronto la causa, y que en la frase *en ciertos casos*, comprenderia habia una puerta abierta á la impunidad.

En consecuencia, al dia siguiente se leyó una proposicion en la tribuna que trataba de señalar á las viudas de los ciudadanos muertos durante las tres jornadas, una pension de quinientos francos, á los huérfanos una suma anual de doscientos cincuenta francos hasta que llegasen á la edad de siete años, y en fin, á los heridos, su admision en el hospital de los Inválidos.

Y con todo, á pesar de estas precauciones, no llegaron á engañar al pueblo.

Una sorda y comprimida cólera bullia en el fondo de la sociedad que de cuando en cuando se dejaba percibir.

El 18 de Octubre aparecieron amenazantes carteles en los muros del Luxemburgo.

Dos ó tres pelotones de esos hombres que solo se ven en



dias malditos, brotaron de las catacumbas de la sociedad, y se esparcieron por las calles de la capital, cantando la *Parisiense* y gritando: *¡Mueran los ministros!*

Estos pelotones se dirigieron hácia Vincennes; pero rechazados por las amenazas del general Daumesnil, se replegaron al Palacio Real precisamente en el momento en que habia consejo de ministros.

El rey se paseaba en la azotea con Odilon Barrot: los amotinados percibieron al prefecto del Sena, y manifestando no ver al rey, esclamaron: *¡Viva Barrot!*

Odilon Barrot quiso arengarles, pero el rey le detuvo.

—Dejadlos—le dijo—Yo tambien hace cuarenta años oí gritar: *¡Viva Pethion!*

El prefecto del Sena se mordió los labios, y entró al consejo de ministros.

La guardia del Palacio Real bastó para disipar el motin.

Al dia siguiente M. Odilon Barrot publicaba una proclama.

La proclama es la manía de los hombres de Estado: todo aquel que ha hecho una proclama es un hombre de Estado: publicar su proclama es recibir del pueblo que la lee la sancion de una potencia cualquiera.

Consignemos aquí la proclama de M. Odilon Barrot; ella explicará cómo, creyendo consolidar su poder, preparaba su caida.

“Ciudadanos! decia el prefecto del Sena.—Vuestros magistrados están profundamente afligidos por los desórdenes que vienen á turbar la tranquilidad pública, en el momento mismo en que la industria y el comercio, que tienen necesidad de tantas seguridades, iban á salir de esa crisis demasiado prolongada. No es venganza lo que pide ese pueblo de Paris, que es siempre el pueblo de los tres grandes dias, el pueblo mas valiente y mas generoso de la tierra, no, es justicia. La justicia es en efecto la necesidad, el derecho de los hombres fuertes y valerosos: la venganza es el placer

de los débiles y de los cobardes. Un paso inoportuno (la proposicion de la cámara) ha hecho suponer que trataba de concertarse un modo para torcer el curso ordinario de la justicia con respecto á los antiguos ministros: las demoras que no son mas que el cumplimiento de las fórmulas que dan á la justicia un carácter mas solemne, han venido á acreditar, á fortificar esa opinion que nuestros miserables enemigos, siempre prontos á aprovechar cualquier accidente para desunirnos, esplotan con el mayor afan. De ahí ha provenido esa conmocion popular que para los hombres de buena fé, para los buenos ciudadanos, no tiene otra causa que una mala comprension. Os lo declaro con toda seguridad, conciudadanos: el curso de la justicia no ha sido suspendido ni interrumpido, ni llegará á serlo: continúa el proceso de la acusacion hecha á los antiguos ministros: estos pertenecen á la ley, y de la ley sola penden sus destinos. Los buenos ciudadanos no pueden pedir ni desear otra cosa; y sin embargo ¡esos gritos de muerte lanzados en nuestras calles y en nuestras plazas públicas, esas provocaciones y esos pasquines, que son sino violencias hechas á la justicia? Nosotros queremos para los demas lo que anheláramos para nosotros mismos, jueces serenos é imparciales: ¡pues bien! algunos hombres estraviados ó malquerientes amenazan á los jueces antes de comenzado el debate. Pueblo de Paris! tu no apruebas esas violencias: los acusados son sagrados para tí: están bajo la salvaguardia de la ley. Insultarlos, poner trabas á su defensa, anticiparse á los acuerdos de la justicia, es violar las leyes de toda nacion civilizada, es faltar al primer deber de la libertad, es mas que un crimen, es una cobardía. No hay un solo ciudadano en este noble y glorioso pueblo, que no comprenda que está en su honor y en su deber impedir un atentado que mancharia nuestra revolucion: que se haga justicia; pero la violencia no es justicia! Tal es la voz de todos los hombres de bien, tal será el principio de la conducta de vuestros magistrados. En estas

graves circunstancias, cuentan con la union y asistencia de los verdaderos patriotas para dar mas fuerza á las medidas tomadas para asegurar el orden público.”

M. Odilon Barrot acababa de cometer á los ojos del rey, una falta que no debia perdonarle en mucho tiempo: acababa de reprobar, al hablar del mensaje de la cámara sobre la abolicion de la pena de muerte *en ciertos casos*, el pensamiento secreto del hombre.

Desde este instante se decidió la caida de M. Odilon Barrot.

Luis Felipe consiguió fácilmente que el consejo adoptase sus ideas respecto á la caida del prefecto del Sena. Si se recuerda, el ministerio era lo mas heterogéneo posible: la revolucion de 1830 acababa de encargar de sus intereses á M. de Broglie, tráfugo del campo realista; á M. Guizot, el hombre de Gante; á M. Perier que luchó hasta última hora contra la revolucion; á M. Sebastiani, que el juéves en la mañana, declaraba que la bandera blanca era su bandera; y en fin, al general Gerard, último ministro de Carlos X, que se habia sostenido en el poder con solo haber hecho firmar á la rama menor la ordenanza de la rama primogénita.

Ninguno de esos hombres podian querer á Odilon Barrot.

Así es, que cuando el rey pidió su separacion, solo Dupont (de l'Eure) se opuso á ella.

Era esponerse él mismo á una separacion próxima.

Fuera del ministerio, Odilon Barrot estaba sostenido por Laffitte y por La Fayette.

La cosa estaba enredada: M. Sebastiani propuso hacer una indicacion al prefecto del Sena para que se retirase él mismo; pero se interrumpió la sesion del consejo que debia continuar en la tarde.

En la noche se reunieron los ministros: solo el rey, contra su costumbre, tardó en llegar. De repente se abrió la puerta y apareció satisfecho y gozoso.

—Señores—dijo—os anuncio que la salida del prefecto

del Sena está decidida, y que el general La Fayette, comprendiendo la necesidad, se presta á ayudarnos.

—¡M. de La Fayette prestarse á coadyuvar á la salida de M. Odilon Barrot! exclamó Dupont (de l'Eure)—pero, Sire, lo que dice V. M. es imposible!

—Yo lo he oido,—caballero—respondió el rey vivamente.

—Permitidme, Sire, creer que estais en un error, insistió Dupont (de l'Eure) inclinándose: el general ha hablado conmigo de un modo enteramente distinto, y no le creo capaz de contradecirse en este punto.

La cólera inflamó el semblante del rey, pero sin embargo se calló.

—Ademas—continuó Dupont (de l'Eure) hablemos de mí: puesto que M. Barrot se retira, yo reitero á V. M. la súplica de que acepte mi dimision.

—Pero esta mañana, caballero, me prometisteis quedaros hasta el fin del proceso de los ministros.

—Sí, pero con la condicion de que M. Barrot se quedaria.

—Sin condicion, caballero.

—Lo que es ahora, Sire, afirmo, que V. M. está equivocado.

—¡Qué! caballero, ¿os atreveis á desmentirme? ¡Oh! eso ya es demasiado y todo el mundo sabrá la falta que habeis cometido.

—Sire, respondió el guarda-sellos, cuando el rey haya dicho *sí*, y Dupont (de l'Eure) haya dicho *no*, á la verdad no sé á cual de los dos creará la Francia.

El guarda-sellos saludó y se adelantó hácia la puerta.

En el umbral encontró al duque de Orleans que le impidió el paso, le tomó las manos y le condujo al rey.

—Sire, dijo el jóven príncipe, M. Dupont es un hombre tan honrado, que solo puede haber en todo esto una mala inteligencia.

El rey abrazó á M. Dupont y M. Dupont le ofreció permanecer.

Pero todo esto no era mas que un mal remiendo sin consistencia alguna: si M. Dupont (de l'Eure) consentia en quedarse con MM. de Broglie, Guizot, Molé, Casimiro Périer, Dupin y Bignon, MM. Bignon, Dupin, Casimiro Périer, Molé, Guizot y Broglie no consintieron en quedarse con M. Dupont (de l'Eure.)

Los doctrinarios al presentar su dimision, forzaron á Luis Felipe á que formase un nuevo gabinete.

Todavía fué M. Laffitte el encargado de esta difícil operacion.

Al cabo de dos ó tres dias de hablar vagamente, el *Monitor* publicó, el 2 de Noviembre, la lista de los nuevos elegidos.

Estos eran:

MM. Laffitte, ministro de hacienda y presidente del consejo.

Dupont (de l'Eure) de justicia.

Gérard, de guerra.

Sebastiani, de marina.

Maison, de negocios extranjeros.

Montalivet, del interior, y

Mérilhou, de instruccion pública.

Los tres ministros sin cartera, Dupin, Casimiro Perier y Bignon habian dimitido sus cargos.

Quince dias despues una recomposicion colocaba al mariscal Sault en el ministerio de la Guerra, á M. Sebastiani en el de negocios extranjeros, y á M. de Argout en el de marina.

Mientras tanto los dias volaban y se acercaba la época fatal, es decir, la fecha fijada para la instruccion del proceso de los ministros.

El 4 de Octubre la cámara de los pares se constituyó en jurado, ordenó la traslacion de los ministros al pequeño Luxemburgo, y fijó la apertura de los debates para el 15 de Diciembre.

El rey, al cambiar de ministerio, habia logrado su objeto que era salvar á los ministros: la cámara de los pares haria lo que él quisiera. En el nuevo ministerio disponia de M. Laffitte, *su amigo*, de Sebastiani y de Montalivet, que lo complacian en todo, de Gérard y de Maison, sus adictos, y en cuanto á M. Mérilhou era fácil de conquistar: quedaba solo Dupont (de l'Eure) que obraría segun obrase La Fayette, y La Fayette, proscripto por M. de Polignac, queria vengarse á su modo, salvándole.

En este intervalo que separaba la formacion del nuevo ministerio de la apertura del proceso, M. La Fayette recibió de la mano de aquel á quien habia hecho rey, una herida, la primera, pero herida tanto mas dolorosa cuanto que era inesperada.

CAPÍTULO L.

SÉASE ó no que el sacudimiento que sintió la Francia en la caida del gobierno de Carlos X hubiese sido en realidad mas fuerte y profundo que lo que parecía á primera vista, el caso es que las bancarrotas se multiplicaron, las casas mas